

Al límite de la fe **V. S. Naipaul**

Entre los pueblos conversos del islam



DEBATE

Índice

Cubierta

Prólogo

PRIMERA PARTE. Indonesia. El vuelo del N-250

- 1 El personaje del momento
- 2 Historia
- 3 Un converso
- 4 Un lugar sagrado
- 5 El kampung
- 6 Bajo la lava
- 7 ¡Ay, mamá! ¡Ay, papá!
- 8 Fantasmas

SEGUNDA PARTE. Irán. La justicia de Alí

- 1 La Fundación de los Oprimidos
- 2 El viaje circular del señor Jaffrey
- 3 La gran guerra
- 4 Tierra salobre
- 5 La prisión
- 6 El mártir
- 7 Qom: el verdugo
- 8 Cáncer
- 9 Las dos tribus

TERCERA PARTE. Pakistán. Desaparecer del mapa

- 1 Una empresa criminal
- 2 El sistema político-social
- 3 Rana en su pueblo
- 4 La guerrilla
- 5 El penitente
- 6 La pérdida
- 7 Del norte
- 8 La huella del pie de Alí
- 9 La guerra

CUARTA PARTE. Posdata sobre Malaisia. Erigir la cáscara del coco

- 1 Ropa vieja
- 2 Un nuevo modelo
- 3 El hijo del bomo

4 El otro mundo
Agradecimientos
Notas
Créditos
Acerca de Random House Mondadori

Al límite de la fe

V.S. Naipaul

Traducción de
Flora Casas

www.megustaleer.com

Para Nadira Janum Alvi

Prólogo

Este es un libro sobre personas, no un libro de opinión. Es un libro de relatos, recogidos en el transcurso de cinco meses de viaje, en 1995, por cuatro países musulmanes no árabes: Indonesia, Irán, Pakistán y Malaisia. Por tanto, hay un contexto y un tema.

En sus orígenes, el islam es una religión árabe. Cualquiera no árabe que sea musulmán es un converso. El islam no es simplemente una cuestión de conciencia o de creencias, pues tiene exigencias imperiales. La visión del mundo del converso cambia. Sus lugares sagrados están en tierras árabes; su lengua sagrada es el árabe. También cambia la idea de la historia para el converso. Rechaza la suya y, lo quiera o no, pasa a formar parte de la historia árabe. Tiene que desvincularse de todo lo suyo. Las sociedades experimentan una tremenda alteración, que puede seguir sin resolverse incluso al cabo de mil años: la desvinculación tiene que renovarse una y otra vez. Las personas construyen fantasías sobre quiénes y qué son, y en el islam de los países conversos existe un elemento de neurosis y nihilismo. Estos países pueden entrar en ebullición fácilmente.

Este libro es una continuación de otro que publiqué hace diecisiete años, *Entre los creyentes*, sobre un viaje por los mismos países. Cuando inicié aquel viaje, en 1979, no sabía casi nada sobre el islam —es la mejor manera de empezar cualquier empresa—, y en ese primer libro exploraba los detalles de la fe y su aparente capacidad revolucionaria. La conversión era algo omnipresente, pero yo no lo vi con tanta claridad como en el segundo viaje.

Al límite de la fe es una ampliación del libro anterior, una continuación del relato, pero se desarrolla de un modo distinto. No se trata tanto de un libro de viajes; el escritor está menos presente, tie-

ne menos de investigador. Queda en segundo plano, fiándose de su intuición, como descubridor de personas, como indagador de relatos. Estos relatos, que surgen el uno del otro, tienen una estructura propia y definen cada país y sus propias motivaciones, pero los cuatro capítulos forman un todo.

Yo empecé escribiendo ficción, como administrador de narraciones: en aquella época me parecía lo más elevado. Cuando me pidieron, hace ya casi cuarenta años, que fuera a ciertos territorios coloniales de América del Sur y el Caribe para escribir un libro, me encantó el viaje —ir en pequeños aviones a lugares extraños, remontar ríos suramericanos—, pero entonces no estaba seguro de cómo escribir el libro, de cómo estructurar lo que estaba haciendo. Esa vez, la primera, me sirvieron la autobiografía y el paisaje. Tardé años en comprender que lo más importante de los viajes, para el escritor, consiste en las personas entre las que se encuentra.

Por eso, en mis libros de viajes o exploraciones culturales, el escritor se repliega poco a poco, las gentes del país pasan a primer plano y yo vuelvo a ser lo que era al principio: administrador de narraciones. En el siglo XIX, la historia inventada servía para hacer cosas que no podían hacer fácilmente otros géneros literarios, como el poema o el ensayo: reseñar la sociedad cambiante, describir estados mentales. Es curioso que el género de los libros de viajes —tan ajeno a mi intuición al principio— me devolviera allí, a buscar el relato, aunque se habría desbaratado la intención del libro si las narraciones estuvieran falsificadas o forzadas. En estos relatos existen suficientes complejidades. Constituyen la intención del libro; el lector no debería buscar «conclusiones».

Podría preguntarse si unas personas distintas y unos relatos distintos de cualquier capítulo del libro habrían creado o sugerido otro tipo de país. Yo creo que no: el tren tiene muchos vagones, y varias clases, pero pasa por el mismo paisaje. Las gentes responden a las mismas presiones políticas, religiosas y culturales. El escritor solo tiene que escuchar con atención, y con el corazón limpio, lo que le dicen las personas, y formular una pregunta, y otra y otra.

Existe otra forma de plantearse la conversión. Se puede considerar una especie de pasaje desde las antiguas creencias, las religiones ligadas a la tierra, los cultos a los reyes y las deidades locales, a las religiones reveladas —especialmente el cristianismo y el islam—, con sus preocupaciones más profundas por lo filosófico, lo humano y lo social. Los hindúes piensan que el hinduismo es menos coactivo y más «espiritual», y tienen razón, pero Gandhi tomó sus ideas sociales del cristianismo.

El pasaje del mundo clásico al cristianismo es ya historia. Al leer los textos, no resulta fácil entrar con la imaginación en las prolongadas disputas y angustias de ese pasaje. Pero en algunas de las culturas que se describen en este libro, el pasaje al islam —y en ocasiones al cristianismo— aún sigue vigente. Es la tragedia añadida en segundo plano, como un *big bang* cultural, el constante aplastamiento del mundo antiguo.

PRIMERA PARTE



Indonesia

El vuelo del N-250

1

El personaje del momento

Imadudin era profesor de ingeniería eléctrica en el Instituto de Tecnología de Bandung, y además, predicador islámico. Por tanto, en las décadas de los sesenta y los setenta, era algo insólito: hombre de ciencia, uno de los pocos en la Indonesia independiente, y al mismo tiempo entregado a la fe, capaz de arrastrar a los estudiantes a la mezquita Salman de los jardines del Instituto de Bandung.

Era motivo de preocupación para las autoridades, y cuando fui a verle a Bandung, el último día de 1979, a media tarde, pasando por la carretera llena de gente y humo de la Yakarta costera hasta llegar a la meseta, más fresca, donde está Bandung, descubrí que prácticamente era un fugitivo. Y aunque todavía mantenía una actitud desafiante, porque daba clases de «adiestramiento mental» islámico a grupos reducidos de jóvenes de clase media —en realidad grupos que estaban allí de vacaciones—, a los cuarenta y ocho años de edad estaba preparándose para marcharse al extranjero.

Pasaría muchos años en el extranjero, pero después cambió su suerte. Y en esta ocasión descubrí —al volver a Indonesia al cabo de más de quince años de haberle conocido en Bandung— que Imadudin tenía dinero y fama. Estaba al cargo de un programa islámico, los domingos por la mañana. Tenía un Mercedes, con su chófer, una casa bastante decente en una zona de Yakarta también bastante decente, y decía que quería mudarse a un sitio un poco mejor. Precisamente la mezcla de ciencia e islam que despertó sospechas en las autoridades a finales de los años setenta le convirtió en algo a imi-

tar, el modelo del nuevo hombre indonesio, y le elevó a las alturas, acercándole a las fuentes del poder.

Tenía una estrecha relación con Habibi, el ministro de Investigación y Tecnología, y Habibi tenía una relación más estrecha que ningún otro miembro del gobierno con el presidente Suharto, que llevaba treinta años en el poder y a quien se reconocía como el padre de la nación.

Habibi se dedicaba a la aeronáutica, y según sus admiradores, era un auténtico genio. Tenía un ideal grandioso. Consistía en que, bajo su guía, Indonesia tenía que construir, o al menos proyectar, sus propios aviones. La idea que respaldaba esta idea —como leí en ciertos periódicos— era que semejante empresa no produciría simplemente aviones: además, proporcionaría a millares de personas una preparación tecnológica, de alta tecnología, y con eso se produciría una revolución industrial en Indonesia. Según *The Wall Street Journal*, se habían concedido casi mil quinientos millones de dólares a la organización aeroespacial de Habibi en el transcurso de diecinueve años. Habían construido un tipo de avión, el CN-235, en colaboración con una empresa española, que no tuvo éxito comercial, pero estaban a punto de lanzar algo más interesante, el N-250, un conmutador turbohélice de cincuenta asientos, realizado en su totalidad por la organización de Habibi.

El vuelo inaugural del aparato se realizaría a tiempo para el quincuagésimo aniversario de la independencia de Indonesia, el 17 de agosto, para el que, durante las semanas anteriores, se cubrieron las calles de Yakarta y de otras ciudades de luces de colores, banderas y gallardetes, iguales en todas las poblaciones. Con este fondo festivo —como un regalo del Estado al pueblo— *The Jakarta Post*, como el profesor de la clase de principiantes, un día explicó a sus lectores, fase tras fase, las pruebas del N-250: el rodaje por la pista a baja velocidad, para comprobar las maniobras en tierra, después a velocidad media, para comprobar los sistemas de la cola, las alas y el frenado, y por último a gran velocidad, para asegurarse de que el

N-250 podía volar por encima del suelo durante cinco o seis minutos.

Cuatro días antes del vuelo inaugural, se estropeó un eje del generador (sea lo que sea semejante cosa) durante un rodaje a velocidad media. Pero no tenían un recambio a mano, y en la fecha prevista, el N-250 voló durante una hora a mil pies de altitud. En la primera página de *The Jakarta Post* aparecieron el presidente Suharto, aplaudiendo, y Habibi, abrazando a una sonriente señora Suharto. Se anunciaron los planes de construcción del avión de medio alcance, el N-2130, para marzo de 2004. Costaría dos mil millones de dólares. Como la realización de este programa se iba a prolongar muchos años, se encargaría de él Ilham, de treinta y dos años, hijo de Habibi, que había hecho un curso de aprendizaje en Boeing.

Tres semanas más tarde, tras el momento culminante de la celebración del quincuagésimo aniversario de la independencia, un gran espectáculo de fuegos artificiales, de fabricación francesa, y en medio de un clima de orgullo nacional, Habibi propuso que el 10 de agosto, fecha del vuelo del N-250, fuera proclamado Día del Renacer Tecnológico Nacional. Presentó la propuesta en la Decimosegunda Conferencia de la Unidad Islámica; porque Habibi jugaba otra baza: era musulmán devoto y ferviente defensor de la fe. Era presidente de un nuevo organismo con el rimbombante nombre de Asociación de Intelectuales Musulmanes. Y cuando dijo ante la Conferencia de la Unidad Islámica que había que combinar el dominio de la ciencia y la tecnología con una fe más profunda en Alá, todos le tomaron como autoridad religiosa y laica.

Si no se sabía con certeza cómo revertirían el proyecto y la fabricación de aviones con elementos importados en un avance tecnológico o científico, tampoco se podía entender muy bien cómo se había ennoblecido el islam con el éxito del N-250, ni con los cientos de millones que se habían gastado por el talento o el interés de un solo hombre.

Pero precisamente era aquí donde la fe de Imadudin, como científico y creyente, coincidía con la de Habibi, donde se habían cruza-

do las trayectorias de los dos hombres, e Imadudin ascendió a los cielos del favor presidencial gracias a su nuevo padrino.

Poco después de volver del exilio, Imadudin fue uno de los primeros y más importantes impulsores de la Asociación de Intelectuales Musulmanes, y entró al servicio de Habibi de una forma especial. Habibi, o el ministerio que dirigía, había enviado al extranjero a numerosos estudiantes. Como científico y predicador, Imadudin tenía la obligación de ir a ver a aquellos estudiantes a las universidades extranjeras, para recordarles su fe y a quiénes tenían que ser leales. En 1979, cuando aún estaba en la clandestinidad, el gobierno no era muy partidario de los cursos sobre adiestramiento mental islámico que impartía en Bandung: temían que iniciara algún movimiento populista incontrolable. Pero —gracias a un prodigioso cambio— el gobierno empezó a utilizar los cursos de adiestramiento mental, o algo parecido, para ganarse el importante apoyo de la nueva intelectualidad o tecnocracia que estaba creando Habibi.

Confiado en la libertad y seguridad recientemente adquiridas, en su reciente proximidad al poder, que Imadudin consideraba simplemente la prueba de la rectitud de la fe a la que siempre había servido, me contó que, en la época de persecución, una noche la policía le había cogido en su casita del Instituto de Tecnología de Bandung y le había encarcelado durante catorce meses.

*

Ya no quería darle demasiada importancia, pero con sus provocaciones se había buscado problemas, al oponerse a un proyecto del presidente Suharto, padre de la nación, para la construcción de un mausoleo familiar. Iba a utilizarse oro en una parte del edificio, e Imadudin me lo contó como si lo del oro hubiera sido lo que más había ofendido a su puritanismo islámico.

De modo que esperaba problemas, y los problemas se presentaron. El 23 de mayo de 1978, a las doce menos cuarto de la noche, llamaron al timbre de su casa. Salió y vio a tres agentes de los servi-

cios secretos vestidos de paisano. Observó que uno de ellos llevaba una pistola. Por entonces estaban deteniendo a mucha gente. Uno de los agentes dijo:

—Venimos de Yakarta. Queremos llevarle allí para que nos dé cierta información.

—¿Qué información?

—No podemos decírselo. Tiene que venir con nosotros inmediatamente.

Imadudin dijo:

—Esperen unos minutos, por favor.

Y siendo como era, rezó un poco y se lavó, mientras su mujer le preparaba una bolsa para la cárcel, sin olvidarse del Corán.

De repente, Imadudin se dio cuenta de que no quería acompañar a aquellos hombres. Pensó que, como musulmán, no podía confiar en ellos. Estaba convencido de que los servicios secretos de Indonesia se encontraban bajo el control de los católicos. Telefonó al rector del Instituto de Bandung. El rector le dijo:

—Déjeme hablar con ellos.

Habló con ellos, pero los agentes insistieron en que Imadudin los acompañara. No tardó en ir a casa de Imadudin, pero cuando llegó, ya se lo habían llevado en un taxi.

Los agentes salieron de la casa, con Imadudin, hacia las doce y media, cuarenta y cinco minutos después de haber llamado al timbre. Imadudin iba en el asiento trasero del taxi, entre dos agentes; el tercero iba delante. Llegaron a la sede de los Servicios Secretos de Yakarta a las cuatro y media de la mañana. Con la serenidad del creyente, Imadudin durmió durante una parte del trayecto. Era la hora de la oración del alba cuando llegaron, y le permitieron que rezara. Después le pidieron que esperase en una especie de sala de espera. Le dieron de desayunar.

A las ocho le llevaron a un despacho y empezó a interrogarle un teniente coronel de uniforme. No hubo ni indicio ni amenaza de insultos o violencia. Como profesor del Instituto de Bandung, debían

considerar a Imadudin funcionario de alto rango y tratarle con corrección.

Después del teniente coronel apareció un hombre de paisano. Aquel hombre dijo cómo se llamaba, e Imadudin reconoció el nombre de un fiscal del Estado, que le preguntó:

—¿Es usted musulmán?

—Sí, soy musulmán.

—¿Considera entonces que este país es un Estado musulmán? ¿Lo cree?

Era un hombre culto, abogado, tal vez unos cinco años más joven que Imadudin. Imadudin respondió:

—No sé qué decir. No he estudiado derecho. Soy ingeniero. Usted sí es abogado.

El fiscal dijo:

—El gobierno ha gastado mucho dinero en construir mezquitas y otros edificios para los musulmanes. Ha construido la mezquita nacional, pero todavía hay musulmanes que querrían convertir este país en un Estado musulmán. ¿Es usted uno de ellos?

—¿Puede decirme qué piensa usted de este país?

—Es un Estado laico, no religioso.

Imadudin replicó:

—Pues se equivoca. Está usted completamente equivocado.

—¿Por qué? Dice que es ingeniero y que no conoce las leyes.

—Pero sé algunas cosas, porque estudié en Estados Unidos. De Estados Unidos sí se puede afirmar que es un Estado laico, pero usted dice que el gobierno ha gastado aquí mucho dinero en construir cosas como la mezquita nacional. ¿Qué clase de gobierno es entonces?

Discutieron durante dos horas, repitiendo lo mismo una y otra vez. Después se llevaron a Imadudin al cuartel general de la policía militar. Allí buscaron su expediente, y le llevaron a la cárcel, junto con el expediente.

Sukarno, el primer presidente de la Indonesia independiente, había construido la cárcel para sus enemigos políticos; allí habían esta-